

ria y artística en general, del autor, le permite abundar en ejemplos tomados del mundo del arte. Lo mismo cabe decir en cuanto a los excursos de sesgo filosófico, que siempre enmarcan pertinentemente cualquier meditación sobre lo humano.

Freud, crítico de la Ilustración, Carlos Gómez Sánchez, *Crítica*, Barcelona, 1998, 265 pp.

Freud, de algún modo, intentó cumplir con la propuesta nietzscheana: fundar una nueva Ilustración. Y, en tal sentido, una parte importante de su obra está destinada a una disciplina fuerte de la *Aufklärung*: la crítica de la religión. Freud vio en el impulso religioso una organización virtual de la omnipotencia infantil. El hombre adulto debía superar este estado y construir instituciones religiosas como depositarias de las fantasías de poder y permanencia humanas. En este sentido, Freud ataca a la religión y admite su necesidad trágica, con lo que acaba tomando una posición igualmente ilustrada frente a las iglesias y al ateísmo, una posición liberal que admite el estudio de las religiones comparadas como una zona global que encara el aspecto religioso de la cultura.

Algo similar ocurre con otro mito fuerte de nuestras sociedades: el origen del Estado o contrato social,

explicado como la instauración totémica de un padre primitivo, muerto y santificado, cuyo lugar es inalienable.

Toda pulsión es, para Freud, regresiva: quiere volver al origen y recuperar el tiempo perdido, salvarse de la muerte. Pero, paradójicamente, al buscar su satisfacción, busca su aniquilamiento. Esta dialéctica entre el Eros y el Thánatos, la insatisfacción recurrente del deseo (con efectos de eternidad) hace necesaria la crítica científica de la relación entre el hombre y aquello que lo excede, su aspiración a lo perfecto y su imperfección irremediable, temas cardinales de toda religión.

Gómez Sánchez hace un ordenado y claro recorrido por esta tópica freudiana, mostrando las contradicciones y conciliaciones del pensamiento de Freud, a la vez que deriva hacia la línea del utopismo contemporáneo que se dedica a similar temática (Bloch, sobre todo) y encamina algunas agudas críticas a las teorías lacanianas sobre el vínculo psicoanálisis-ética.

La llamada exótica. El pensamiento de Emmanuel Levinas. Antonio Domínguez Rey, *Trotta*, Madrid, 1998, 421 pp.

La obra de Levinas tiene ya una literatura derivada abundante y releerla es tarea de un ensayista con

proyectos de tesis, como es el caso del poeta y crítico Domínguez Rey. Su punto de partida es la hermenéutica, donde se advierte lo problemático del pensamiento levinasiano: cuando algo se dice, algo se escapa al decir, algo queda inmune a la comunicación, algo no pasa en el tiempo, algo invisible, único, irracional, que se encamina a lo infinito y asume la quietud de lo eterno. En esa zona restante y exótica del decir resuena una vez inmemorial, la mística voz revelada de la divinidad, pero que para Levinas no es un evento místico, sino erótico. El Eros es el origen de todo y es la meta de todo, la unidad que estaba al principio y estará y, de algún modo, ya está, en la consumación. El Eros es lo anterior y posterior a la historia: el mito.

El arte ocupa en este entrecruzamiento de elementos, un lugar privilegiado, pues contiene las promesas de la existencia que la propia existencia no cumple. Nos lleva al trasfondo invisible de los objetos, donde está su verdad única e inarticulable. De tal modo, el conocimiento parte de lo erótico y se abre a lo estético. En Levinas hay, por fin, una poética del saber. Se trata de querer saber más de lo que se puede saber, planteándose la imposibilidad como salida de la matriz de la mente (lo femenino) hacia la infinitud del deseo (lo masculino). En el camino aparece el Otro, el inalcanzable Otro que propone diá-

logo y no acaba de ser reductible del todo por el lenguaje.

Domínguez Rey se vale, como es de rigor, de una multitud de disciplinas y una combinación de fuentes y confrontaciones donde dialogan Pascal, Agustín, Heidegger, Ortega, Maritain, Amor Ruibal y, desde luego, los hermeneutas contemporáneos en los que ha incidido más Levinas, como Derrida y Ricoeur. Obra minuciosa, densa y muy documentada, no abandona en ningún momento la tensión de la tesis en favor de la casuística.

Flirtear. Psicoanálisis, vida y literatura, Adam Philips, traducción de Albert Freixa, Anagrama, Barcelona, 1998, 296 pp.

A pesar de tratarse de una recopiliación, este libro del quizá psicólogo Philips guarda una severa unidad. Salta a la vista, ante todo, que sus epígrafes corresponden a escritores de literatura (poetas, mayormente: Ashbery, Eliot, Larkin, también Dostoievski) y no a técnicos del psicoanálisis. Y es que Philips relee y desmonta esta disciplina, dominada por la paradoja de haber acertado en el método y fallado en los fines, de modo que acaba constituyéndose en un discurso del método, para evitar el fetichismo de la técnica.

El psicoanálisis es una pedagogía de la escucha, o sea que nos enseña

a hablar de otra forma. La vida, confusión, se convierte en un relato. O en varios: la vida vivida y la cantidad de vidas «invividas» que guardamos en nuestro interior. Más que una ciencia o una doctrina, es una teoría de la sospecha, de esa vieja sospecha romántica que nos hace pensar que la vida que vivimos no es la nuestra, la que nos corresponde, la «auténtica» y, por lo mismo, nos vuelve inadmisibles. No malos, como quieren tantas religiones, sino inaceptables ante nuestros propios ojos.

Así, considerando el psicoanálisis como «uno de los lenguajes de la literatura, una suerte de poesía práctica» Philips desordena y despieza algunas categorías psicoanalíticas. Lo hace de modo aforístico, con una fuerte dosis de insolencia (muy productiva) y centrándose en la crítica al fundamentalismo psicoanalítico, o sea el discurso de una institución cerrada, sin afuera, delirante, que sólo admite las críticas de los iniciados. De tal forma, una disciplina preocupada por asuntos universales, se convierte en una conversación jergosa en el interior de una logia.

Para evitar esta frecuente recaída en la inmanencia, Philips propone pensar como flirteando, eróticamente: reconocernos contingentes, seducirnos con la duda, vernos imprevisibles y proclives a los accidentes. La duda crea un suspense y alcanza el placer de lo inestable. Si

Freud se ocupó de las patologías, lo hizo describiendo una contracultura de la enfermedad, cuya contrafaz es, justamente, el flirteo como epistemología de un saber dubitativo y coqueto.

La vida como contingencia nos erige en continuos principiantes de la vida, adultos con un niño permanente disimulado en el interior. El adulto conjura esa dualidad con la ayuda del psicoanálisis, que le permite reconocer su tesoro de traumas, lapsus, sueños, pifias y, guinda del postre, su particular complejo de Edipo. El analista hace desde fuera lo que el arte y el sueño hacen desde dentro: una autoescucha sostenida y, a la vez, desmemoriada. Porque desde Freud sabemos que es el olvido el que construye nuestro pasado, mientras el recuerdo lo destruye. Freud nos ha estimulado, más que a recordar, a establecer suficientes estados de olvido. Porque, como dice Philips, «somos las criaturas que nos negamos a recordar lo que somos».

Philips encara al psicoanálisis como una relectura del romanticismo. La inadecuación del yo con el sí mismo, la conjetura del pasado, el amor como una tarea insaciable que conserva vivo al deseo (vivo: insatisfecho) en una suerte de versión moderna de lo sublime. Y, por fin, el psicoanálisis como otra versión moderna de una entidad sempiterna: el mito. En efecto, del mito, como del chisme, todos hablan sin

pedir pruebas. Y en el análisis todo se dice en plan de rumor, de habladuría, en una entrevista privada cuya única verosimilitud es la creencia improbable del que escucha. O de los que escuchan.

Textos como el de Philips, con la fluidez narrativa anglosajona por delante, colaboran a descongestionar la selva oscura de tecnicismos y bizanterías que aqueja a cierto psicoanálisis actual, y nos devuelve a la ocupación empeñosa del doctor Freud: escuchar a un ser angustiado, entre dos relecturas clásicas.

Mil soles, *Dominique Lapierre, traducción de Pilar Giralte Godina, Planeta-Seix Barral, Barcelona, 1998, 475 pp.*

Lapierre y su asociación con Larry Collins han dado títulos a la voracidad por el *best-seller* tan conspicuos como *¿Arde París?* y *El quinto jinete*. Con un bagaje narrativo de reportaje, que une la urgencia del trámite con la contemporaneidad de lo sucedido (esto te está pasando ahora a ti, lector), los coautores se dirigen a eventos (otra vez) de seguro sesgo extraordinario y cuentan, de alguna manera, «con la historia a su favor».

En esta miscelánea, Lapierre hace incursiones más breves y documentales a personajes y situaciones (otra vez) seguramente extraordinarios: la

madre Teresa de Calcuta, lord Mountbatten (el último virrey británico de la India), el capitán Enrique Galvao y su pronunciamiento contra Oliveira Salazar, políticos israelíes y un terrorista japonés en Israel, un condenado a muerte y sus últimas horas, los peligros también mortales de un torero, el general von Choltitz y su desobediencia a Hitler que salvó de la destrucción a París y, por fin, último pero no menor, el propio Lapierre y de cómo se curó un tumor canceroso.

La muerte en sus diversas encarnaciones (la enfermedad, la guerra, el juego peligroso, el terrorismo, el delito, el patíbulo) define el atractivo radical que tienen para Lapierre estas historias. Tal vez sea la muerte, modelo de todo término, la que permite que se cuenten historias.

Lapierre es ágil y entretenido. No evita los tópicos pero tampoco los oculta enteramente, salvo en algún momento de flaqueza, en que se pone a hacer literatura y consigue alterar su tersa narración de «hechos reales» con un pegote de estilo.

El paroxista indiferente. Conversaciones con Philippe Petit, *Jean Baudrillard, traducción de Joaquín Jordá, Anagrama, Barcelona, 1998, 177 pp.*

Después de la sociología del objeto y la epistemología de la matemá-